

*El
Barbizon*

El Barbizon

El hotel que liberó a las mujeres



PAULINA BREN

Traducción Cecilia Fanti

PAIDÓS

CAPÍTULO 1

LA CONSTRUCCIÓN DEL BARBIZON

La Insumergible Molly Brown contra las flaperas



La Insumergible Molly Brown (Margaret Tobin Brown) en su plenitud, ya sufragista y activista social, tiempo antes se había convertido en la sobreviviente más famosa del *Titanic* y en una de las primeras huéspedes del Barbizon.

La Nueva Mujer apareció en la última década del siglo XIX. Se trató de una mujer que intentaba ser algo más que hija, esposa y madre. Quería explorar qué había más allá de las cuatro paredes de su hogar: quería independencia, quería liberarse de todo aquello que la oprimía. Podían verla decidida e influyente por la calle con sus pantalones y camisas vaporosas yendo a cualquier lugar.

El escritor Henry James popularizó el término cuando lo utilizó para describir a las expatriadas estadounidenses acaudaladas que vivían en Europa al margen de las restricciones de sus hogares. Pero el término ganó terreno: ser una Nueva Mujer significaba tomar el control de la propia vida.

Antes fue la chica Gibson, una suerte de hermana menor de la Nueva Mujer; de clase media alta, con cabello suelto, voluptuosa en los lugares correctos, pero ceñida en la cintura con un corsé que la obligaba a inclinarse. Con la llegada de la Primera Guerra Mundial, el voto femenino y los “locos” años veinte, la chica Gibson dio paso a una versión más salvaje de sí misma: la flopera. Esta hermana menor tiró el corsé, bebía, fumaba, coqueteaba, y más. Era toda risitas y entusiasmo, y dejaba demasiado tobillo a la vista. Pero la flopera dejó en claro, a quien quisiera escucharla –o no–, que la Nueva Mujer se había democratizado. Desafiar las expectativas tradicionales ya no era una prerrogativa de quienes pudieran pagarlo. Las mujeres, todas, estaban aventurándose al mundo. La guerra, y el posterior voto femenino, habían destrozado los antiguos argumentos de por qué las mujeres tenían que permanecer en el hogar. Había llegado el momento de que el mundo

se adaptara. Con este espíritu fue construido en 1927 el Hotel Barbizon para Mujeres.

La Insumergible Molly Brown, famosa por haber sobrevivido el hundimiento del *Titanic*, fue una de las primeras huéspedes del Barbizon. La mujer que había reunido el coraje para remar-remar-remar, mientras los hombres no lo hicieron, se sentó en el pequeño escritorio de su habitación en el Barbizon pluma en mano. Era 1931 y Molly Brown era ahora una antigua belleza de 63 años, con sobrepeso y un poco tosca, cuyo excéntrico y llamativo sentido de la moda le daban un aire ligeramente cómico. Pero a Molly Brown no podía importarle menos; tenía la seguridad de haber sido la primera generación de Nueva Mujer y sabía que, más allá de lo que dijeran, había plantado bandera firme en el siglo XX.

Detuvo la escritura de la carta a su amiga de Denver y miró por la ventana. El cielo de febrero lucía lúgubre y le recordó el de la noche en que el *Titanic* comenzó a ladearse mucho más rápido de lo que ella creía posible. Eso fue en 1912, dos años antes de la Primera Guerra Mundial; parecía otra era cuando Molly Brown se había unido a sus amigos, los famosos Astor, en un viaje hacia Egipto y África del Norte. Se había encontrado con su hija, quien estudiaba en la Sorbona, en París, en El Cairo y juntas posaron subidas a dos camellos con pesadísimos vestidos eduardianos, con la Esfinge y las pirámides emergiendo detrás de ellas, para la obligada fotografía-*souvenir*. Molly regresó con su hija a París, pero cuando recibió la noticia de que su nieto había tenido una recaída en Estados Unidos, reservó rápidamente un camarote en el mismo barco que los Astor. Su nombre era *Titanic*.

Era apenas la sexta noche a bordo. Había degustado una cena agradable y leía recostada en su camarote de primera clase cuando sintió un golpe que la sacó de la cama. Sin embargo, como era una viajera experimentada, no le dio demasiada importancia, ni siquiera cuando se dio cuenta de que los motores habían dejado de funcionar. Recién se vistió con algunas capas de abrigo y salió cuando James

McGough, vendedor de la tienda Gimbels de Filadelfia, apareció siniestramente en su ventana agitando los brazos y gritando: “¡Busca tu salvavidas!”. A pesar del estado de alerta, Molly se encontró con una exorbitante resistencia para abordar los botes salvavidas. Trató de persuadir a sus compatriotas mujeres, pasajeras de primera clase, hasta que ella misma fue empujada a uno de ellos sin ningún tipo de ceremonia por la tripulación del *Titanic*. Mientras el bote se alejaba, escuchó disparos: eran los oficiales disparándoles a las personas de las cubiertas más bajas, desesperadas por subir a los botes reservados solo para los ricos y listos para partir semivacíos.

En la oscuridad, mientras el bote salvavidas número 6 flotaba en el océano, Molly miraba en torno horrorizada. Aquellos que la rodeaban lloraban a sus seres queridos todavía a bordo mientras el agua se tragaba el barco hasta que, ya engullido en su totalidad, no quedó nada de él en la superficie. Los gritos continuaron mientras todo lo demás quedaba sumido en silencio. Era noche cerrada, la oscuridad era total y la absoluta incompetencia de los dos tripulantes del bote salvavidas 6 los hundía en la desesperanza. Harta, Molly Brown tomó el mando. Dirigió los remos y la voluntad de vivir, sacándose capas de ropa para dárselas a aquellos que no habían tenido su misma astucia. Cerca del amanecer, el bote salvavidas fue rescatado por el *Carpathia* y, para cuando ella y el resto de los sobrevivientes llegaron a la bahía de Nueva York algunos días después, Molly, ante todo activista, había formado el Comité de Sobrevivientes, se había convertido en su directora y había recaudado 10.000 dólares para los desamparados. Le escribió un cable a su abogado en Denver: “El agua estuvo agradable y la natación fue buena. Neptuno fue excesivamente amable conmigo y ahora me encuentro eufórica y mordaz”. Neptuno fue menos amable con su amigo John Jacob Astor IV: el hombre más rico a bordo del *Titanic* estuvo entre los muertos.

Habían pasado casi veinte años de ese momento cuando La Insumergible Molly Brown reservó un cuarto en el Barbizon; el

mundo lucía bien distinto, a pesar de que el cielo nocturno era el mismo. La Primera Guerra Mundial había sido un catalizador de grandes cambios, pero para Molly, en lo personal, separarse de su esposo, J. J. Brown, había resultado igual de relevante. Habían tomado caminos diferentes: él, un mujeriego y ella, una activista. Molly era feminista, defensora de los derechos de la niñez y sindicalista antes de que estuviera de moda ser cualquiera de esas cosas. J. J. era un descendiente de irlandeses que había pasado de mendigo a millonario con la minería de oro. Juntos habían compartido la pobreza, y luego la gran riqueza, y se abrieron camino en la alta sociedad de Denver. Después de su separación, y de la muerte, en 1922, de J. J. –quien no había dejado testamento, lo que dio lugar a una disputa familiar que duró cinco años–, los círculos sociales de Denver y sus hijos le dieron la espalda. Pero esto solo avivó sus deseos de una vida sobre las tablas. Enamorada de la legendaria actriz francesa Sarah Bernhardt, Molly se mudó a París para estudiar actuación, e interpretó papeles en *El mercader de Venecia* y *Cleopatra*. Tenía talento y genio, dos bienespreciados allí, incluso para una mujer de su edad. Pronto la apodaron “la reina sin corona de la elegante París”.

Aunque el mito alrededor de Molly Brown había crecido exageradamente, su audacia era real. Escribió sobre sí misma: “Soy hija de la aventura. Esto significa que nunca me he aburrido y debo prepararme para cualquier eventualidad. Nunca sé cuándo abordaré un avión que se estrelle o chocaré contra un poste mientras conduzco o saldré a dar una caminata al atardecer y me devolverán arruinada en una ambulancia. Ese es mi tránsito, como dirían los astrólogos. Es algo bueno también para una persona que prefiere una muerte súbita a una agonía interminable”. Molly Brown estaba lejos de ser una flamera aunque, si hubiera sido más joven, su espíritu aventurero la habría convertido en una. Pero no lo era, y había amasado cierta antipatía contra esas jóvenes de los “locos” años veinte que parecían definirse por una única victoria que Molly Brown y su generación habían logrado con gran

esfuerzo: la liberación sexual. No obstante, cuando volvió de París decidió quedarse en el Hotel Barbizon para Mujeres, donde compartió espacio con aquellas jóvenes a quienes desaprobaba en público pero cuya esencia comprendía muy bien. Eligió quedarse allí porque, al igual que ellas, quería experimentar distintas versiones de sí misma, y el Barbizon era el lugar indicado para hacerlo.



Una vista de la calle del Barbizon en 1927, cuando su construcción estaba casi terminada.

Molly estaba fascinada con su hospedaje. Le envió a su amiga de Denver un folleto del Barbizon marcado y mamarracheado para contarle sobre su nueva vida en Nueva York que empezaba diciendo: “¡Hay una radio en cada habitación!”. Aquí, marcado con un círculo

en gruesa tinta negra, estaba el torreón del noroeste y su terraza de ladrillos, que daban a la esquina de Lexington con la Calle 63. Allí, su habitación, uno de los mejores cuartos del hotel y, sin embargo, bastante humilde: similar a cualquier habitación de hotel, con una cama angosta de una plaza, un pequeño escritorio, una cómoda y un diminuto sillón individual. Se hubiera podido abrir y cerrar la puerta de la habitación desde la cama y casi que se podía guardar algo en la cómoda sin levantarse. Modesta como era, escribió a su amiga que utilizaba el cuarto como “taller” y que estaba “repleto hasta el techo con sus cosas”.

Marcó otra ventana de estilo gótico un poco más arriba, en el piso 19, donde había una torre, como la de Rapunzel, ocupada por los estudios de artistas en ciernes: en estas habitaciones de techos altísimos a prueba de sonido, Molly cantaba arias durante horas. La sala para recitales, escribió, era donde las artistas residentes y las aspirantes daban sus conciertos. En el vestíbulo de estilo italiano y en el entrepiso, jugaba a las cartas con amigas. La biblioteca, recubierta en roble, albergaba los encuentros de su club de lectura. (Es muy probable que participara de los encuentros del grupo Pegasus, una cooperativa literaria que se reunía en el Barbizon “para alentar la manifestación del esfuerzo intelectual al ofrecerle a sus autores la oportunidad de mostrar su trabajo antes de su publicación y discutirlo en una atmósfera saludable, justa y críticamente constructiva”.) Los hombres –salvo los médicos, plomeros y electricistas registrados– estaban estrictamente prohibidos en los espacios del hotel, salvo en el vestíbulo y el salón del piso 18, al que un caballero podía acceder si estaba acompañado por la dama con la que tenía una cita. Las tarifas semanales en el Barbizon arrancaban en 12 dólares.

La entrada principal del hotel-club daba a la Calle 63 y las tiendas de la planta baja, ocho en total, estaban en el edificio de la esquina, sobre la Avenida Lexington, e incluían una tintorería, una peluquería, una farmacia, una mercería, una sombrerería y una librería Doubleday:

todo lo que cierta clase de mujer podría necesitar. Los locales contaban con un acceso desde el hotel por un pequeño pasillo, de modo que Molly no tenía que salir a la calle si no tenía ganas. El Barbizon había abierto apenas tres años antes, cuando Nueva York estaba en absoluta transformación. El auge de la construcción estaba en pleno apogeo: una salida decidida de lo viejo y una entrada resuelta en lo nuevo.

La opinión pública afirmó que a lo largo de los años Manhattan se había expandido azarosa, insensible e ilógicamente pero todavía podía encarrilarse. Los edificios que habían sido erigidos en los siglos anteriores serían demolidos en un santiamén para abrir paso al ambicioso, mecánico y flamante siglo XX; los conventillos y casas bajas cedían el espacio a la planificación de torres *art déco* que se elevaban hasta el cielo.

La arquitectura de principios de siglo XX era tan joven como la Nueva Mujer, que se había liberado de viejas ataduras. Críticos de la Nueva York del siglo XIX renegaban del “manto marrón que se extendía” por todo Manhattan dejando un océano de “monótonos edificios de ladrillo a la vista [*brownstones*]” a su paso. Estos edificios, hoy clásicos y característicos, codiciados y que cuestan una fortuna, eran considerados entonces como una plaga en la ciudad.

Los planificadores remarcaron que, si bien no podían devolverle a la ciudad la alegría y el pintoresquismo de los “antiguos tiempos holandeses de New Amsterdam”,² con sus “tejas color rojo, sus fachadas dibujadas como si fueran tapices y las maderas pintadas de mil colores”, podrían conjurar el nuevo siglo y su marca de estilo: el rascacielos.

2. La autora se refiere al asentamiento de holandeses al sur de Manhattan (siglo XVII), quienes fundaron New Amsterdam y llevaron una arquitectura (la Dutch colonial) en la que combinaban rasgos de sus antepasados europeos con materiales locales. Esa arquitectura doméstica se caracterizaba por techos abuhardillados con aleros curvos a lo largo de casas de madera o piedra. [N. de t.]

En 1926, en medio del *boom* inmobiliario, el Templo Rodeph Sholom vendió su espacio en la Calle 63 y la Avenida Lexington en Manhattan por 800.000 dólares. Una de las congregaciones judías más antiguas de Nueva York, a punto de ser reemplazada por una residencia para señoritas de primera línea, se mudaba hacia el Upper West Side. El templo Sholom había estado en ese lugar durante cincuenta y cinco años siguiendo a los judíos inmigrantes de su congregación hacia el norte a medida que dejaban sus departamentos del Lower East Side y se mudaban a Midtown Manhattan y el Upper East Side. Ahora, otra vez, seguía a sus feligreses fuera de esa área que crecía a gran velocidad, especialmente con la extensión, en 1918, de la línea del subterráneo de la Avenida Lexington desde Grand Central, en la Calle 42, hasta la Calle 125. Los más viejos de la congregación pudieron ver desde el escenario ese momento de cambio en el que el templo terminó su más de medio siglo en el Upper East Side de Nueva York. La señora Nathan Bookman, de 97 años, e Isador Foos, de 91, habían sido miembros desde su entrada en la adultez, a los 13; entronizados en el escenario, miraron hacia la congregación de neoyorquinos de pie, sus padres y abuelos, otrora inmigrantes judíos alemanes del Lower East Side, y despidieron el siglo XIX. El Barbizon estaba allí para recibir el siglo XX.

Así como el templo Sholom había sido construido en la 63 y Lexington para atender una necesidad creciente, su sustituto venía a responder a otra completamente nueva. La Primera Guerra Mundial había liberado a las mujeres y en 1920 las había puesto en el camino de la conquista del voto, con la aprobación de la Decimonovena Enmienda; e, igual de importante, la mujer trabajadora se visibilizó y fue más aceptada. Casi la misma cantidad de mujeres que de hombres iba a la universidad en ese entonces y, aunque el matrimonio seguía siendo el objetivo final, el trabajo de oficina combinaba el *glamour* de una flapera –con sus excesos urbanos y consumistas (ir de compras a Bloomingdale’s! ¡Cena en Delmonico’s!)– con un

entrenamiento socialmente aceptado para la vida de casada. El trabajo de oficina había sido el trampolín profesional para los hombres, pero en la medida en que miles de mujeres ingresaban a las oficinas de los deslumbrantes rascacielos que se erigían cada año a lo ancho y a lo largo de Manhattan, el trabajo de secretaria dejó de ser una promesa de ascenso y fue, en cambio, reformulado como una oportunidad para las jóvenes de ejercitar sus habilidades como “esposas de oficina” al tiempo que ganaban un salario y llevaban una breve vida independiente antes de casarse.

Como señaló la revista *Fortune*, las nuevas secretarias de este nuevo mundo serían para sus jefes “lo más parecido a la desaparecida esposa de la generación de sus padres”. Mecanografiarían las cartas de sus jefes, harían sus balances, llevarían a sus hijas al dentista, y animarían sus egos con palabras de aliento cuando fuera necesario.

Pero la Nueva Mujer recibía algo a cambio: el derecho público y reconocido de llevar una vida independiente, de manifestar su deseo (hasta un punto), de darse gustos, de experimentar la emoción de la vida urbana y de entrar a un espacio público en sus propios términos. Para todo ello, necesitaba un lugar donde vivir.

Las residencias para mujeres más antiguas –una opción anterior para las solteras que vivían y trabajan en Nueva York– pertenecían a otra época y eran despreciadas con cierta sorna, según declaró el *New York Times*, asociándolas con “sofás rellenos de crines de caballo” y el “olor constante a carne guisada”. También se las relacionaba con las mujeres de clase trabajadora, mientras que estas chicas de clase alta y media buscaban algo mejor. No querían que ni las reglas de una casa ni la filantropía paternalista (la maquinaria bienintencionada aunque degradante detrás de muchas de las viejas casas de acogida para viudas, trabajadoras y marginadas) fueran parte de su experiencia. Y el domicilio importaba *muchísimo*.

Pero incluso si hubieran podido dejar pasar esos cuartos medio pelo, el picor de las crines de caballo y el guiso gomoso, no había, ni

de cerca, espacio suficiente para alojar a la gran cantidad de jóvenes que llegaba a la ciudad. En cambio, los hoteles residenciales, altos hasta el cielo, serían la respuesta. La vida en los hoteles –para familias y solteros– había estado de moda desde los últimos años del siglo XIX. “Aquí ya no es de buen gusto construir palacios de mármol, no importa cuánto dinero tengas”, escribió un cronista de esa época. “En cambio, vivís en un hotel.” Las comodidades de este tipo de hotel tenían un rango que iba desde *suites* palaciegas para los perversamente ricos de la Edad Dorada³ hasta habitaciones prácticas para los solteros con aspiraciones. Se le prestaba atención a, y se hacía mucho hincapié en, la comodidad de estos hoteles-hogar. Los más modestos tenían muebles hechos a medida intencionalmente más pequeños que el estándar para que entraran en espacios más reducidos y, en consecuencia, las habitaciones parecieran más grandes.

La cama matrimonial no tenía pie y la cabecera había sido reducida para generar la ilusión de espacio. Los muebles de las esquinas eran redondeados por el mismo motivo. En el otro extremo, las habitaciones más opulentas estaban decoradas con reproducciones de obras de arte del siglo XVIII y las chimeneas eran habituales. Mientras construían el Waldorf Astoria, se montaban habitaciones y vestíbulos falsos en talleres externos para probar cuidadosamente cómo quedaba todo, desde el color de las paredes hasta la grifería, y ni hablar de las alfombras, las cortinas y los armarios. El especialista en diseño de interiores del Waldorf Astoria, el señor Charles Sabis, que estaba a cargo de las instalaciones, evaluaba estas muestras y las aceptaba o rechazaba; apenas tomada la decisión, la habitación falsa era demolida y se construía otra sobre ella. Para algunas *suites*,

3. *Gilded Age* (“edad dorada”) es, en la historia de los Estados Unidos, el período posterior a la Guerra de Secesión y la Reconstrucción (décadas de 1870 a 1891), en que el país vivió una expansión económica, industrial y demográfica sin precedentes, sobre todo en el norte y el oeste, pero también un gran conflicto social y muchas desigualdades económicas y sociales. [N. de t.]

el señor Sabis eligió piezas de madera rescatadas de una finca en Yorkshire, mientras se hacía la eterna pregunta sobre si “una pantalla laqueada o un jarrón Ming eran apropiados para un cuarto con un estilo Reina Ana”. Lo más importante era que estos hoteles residenciales de alta gama se diferenciaron entre sí; no eran una cadena de hoteles salidos todos del mismo molde.

El gran crecimiento de los hoteles-residencias se debió, en gran medida, a un vacío en el negocio inmobiliario: la ley de la vivienda de 1901 eximía de las restricciones de altura y de protección contra incendios a los edificios sin cocina. Sin embargo, más allá del motivo monetario, el efecto fue inevitablemente glamoroso pues, ¿quién no querría vivir en un hotel con todas las comodidades? E incluso si no vivías en uno, podías imaginarlo todos los domingos en el cine, mirando el último estreno de la saga *La cena de los acusados*, protagonizada por William Powell, quien se deslizaba por distintos *speakeasies* [bares clandestinos] y hoteles residenciales feliz y borracho, a través de la ciudad, con un trago en la mano.

En el 1903, el magnate hotelero Simeon Ford había realizado una lapidaria declaración que marcó la diferencia: “Tenemos hoteles finos para gente fina, hoteles buenos para gente de bien, hoteles básicos para gente básica y algunos hoteles medio pelo para el medio pelo”. En este sentido, era solo una cuestión de tiempo que emergiera una nueva categoría: *hoteles de mujeres para mujeres*.

El Barbizon sería el más glamoroso de este tipo, aunque no el primero. Lo precedió el Martha Washington, un hotel construido a partir de premisas bien distintas que preparó el terreno para el Barbizon. Abierto en 1903, el Martha Washington era un edificio de doce pisos que se extendía en toda una cuadra a lo largo de Madison Avenue, desde la Calle 29 hasta la 30. Adelantado a su tiempo, atendió la necesidad de alojamientos para mujeres independientes que trabajaban en las oficinas, cuando las normas de Nueva York estipulaban que no estaba permitido ofrecer habitaciones después de las 6 de la

tarde a ninguna mujer, a menos que cargara un baúl pesado y repleto que probara que se trataba de una viajera y no de una prostituta. La situación podía llegar a ser tan vergonzante que dos mujeres de clase media “confesaron haber pasado la noche en la Estación Broad Street, en Filadelfia, para no correr el riesgo de ser rechazadas en un hotel”. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, las mujeres llegaban solas a Nueva York para trabajar. Aquellas de espíritu creativo que sabían cómo arreglárselas encontraban soluciones en distintos lugares, incluida una comunidad artística de mujeres que había convertido unos establos, ubicados en un callejón, en alojamientos bien arreglados con estudios para trabajar. Otras profesionales alquilaban departamentos y los arreglaban hasta dejarlos irreconocibles si se los miraba desde sus fachadas más bien miserables. Pero el revolucionario Martha Washington se convirtió en el lugar para la estadía de estas mujeres y en un santuario para las sufragistas, entre las que se contó a la doctora Mary Walker, una médica y feminista famosa que desafió la pacatería de los códigos de vestimenta muchísimo antes de que lo hicieran las flaperas. En su boda, se negó a usar la palabra “obedecer” en sus votos, mantuvo su apellido y vistió pantalones con una pollera corta encima.

A pesar de la necesidad de un lugar así, la apertura del Martha Washington en 1903 provocó, en el mejor de los casos, un desconcierto general y en el peor, rechazo. Autos llenos de mirones pasaban muy lento como si miraran un espectáculo de fenómenos. La gerencia misma no sabía cómo manejarse al respecto: al principio consideraron a los hombres necesarios para las tareas pesadas del hotel –¡aquellas que requerían camiones!– pero un año más tarde el personal masculino fue reemplazado en su totalidad por mujeres, ahora consideradas más confiables. El diario *New York Herald* se burló del cambio: las botones “lucen demasiado recatadas en sus trajes negros, con cuellos y mangas blancas”. Además, a nadie le entraba en la cabeza que hubiera tantas mujeres bajo el mismo techo

sin hombres alrededor para protegerlas. Un folleto temprano del hotel Martha Washington reconocía las dudas recurrentes sobre “si sería factible alojar entre cuatrocientas y quinientas mujeres bajo un único techo”. Al mismo tiempo, a las residentes se les aseguraba que el hotel estaba allí como un negocio del que se esperaba una ganancia y no basado en ninguna “idea filantrópica o paternalista”, como las pensiones para las clases trabajadoras.

En otras palabras, el hotel residencial fue concebido para una vida independiente de primera clase (no como caridad), con una serie de habitaciones y *suites* en oferta, y sin ninguna de las restricciones antes asociadas a los alojamientos para mujeres –en general, financiados por organizaciones religiosas–, tales como los toques de queda o normas que impedían visitas. Las residentes del Martha Washington, ya sea en habitaciones simples o en apartamentos espaciosos, podían disfrutar de los salones de recepción en cada piso, un paseo por la terraza, un salón comedor, calefacción central y tubos de correo.

La clase de mujeres que se hospedaba en el Martha Washington, aunque en principio había sido ridiculizada, muy pronto pasó a formar parte del *mainstream*: la revista *Harper's Bazaar* publicó una serie de artículos en 1908 titulados “La chica que vino a la ciudad” y la *Ladies' Home Journal* [la revista para la señora del hogar] lo hizo tres años después con “La hermana del campo que desea venir a la ciudad para abrirse camino”. En 1914, apareció en Nueva York un segundo hotel residencial para mujeres profesionales y acomodadas, el acertadamente llamado Business Woman's Hotel [hotel para mujeres de negocios], edificado a apenas dos cuadras del Martha Washington y a seis de los grandes almacenes Altman's (así como el Barbizon sería construido cerca de Bloomingdale's). Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la necesidad de hoteles para mujeres parecía menos apremiante. Pero el fin de la guerra dio inicio a un auge de la construcción, y la nueva independencia de las mujeres implicó una nueva clientela y mayores ganancias.

La del veinte fue *la* década de los hoteles residenciales para mujeres. El Allerton House en la 57 Este, cerca del Central Park, abrió en 1920. Fue construido por William H. Silk, quien pronto desarrolló el Barbizon. Él y su socio, James S. Cushman, habían construido sus primeros departamentos de solteros en 1912 y se habían mudado a un club-hotel para hombres en 1919. El Allerton House para mujeres era el siguiente paso obvio, en el que se vinculaba un gusto creciente por cierto tipo de alojamiento con las realidades de los “locos” años veinte de posguerra y los nuevos reclamos de las mujeres de una independencia por fuera de la protección de los hogares dirigidos por hombres. Silk quería ofrecer habitaciones a mujeres “médicas, decoradoras, profesoras, políticas, escritoras, encargadas, ejecutivas de tiendas”. (Nunca fue necesario decir en voz alta que estas habitaciones de hotel eran para mujeres blancas y privilegiadas.) Silk imaginaba un ambiente hogareño, que se diferenciaría de un hotel común y corriente al tener un cuarto de costura, uno de baile, una “lavandería de lo más actual” y áreas de descanso libres de hombres. La huésped del Allerton tenía la libertad de “ser su propia dueña”. El hotel, construido para alojar a quinientas mujeres, estaba completamente reservado incluso antes de que lo terminaran.

Esa ganancia potencial no podía ser ignorada y le siguieron otros. El hotel de la American Women’s Association (AWA) [asociación de mujeres estadounidenses] se convirtió en el más grande hasta el momento. Proclamado por el *New York Times* como un “templo para el espíritu de las mujeres emancipadas”, Smith, directora de la junta de AWA, amonestaba a todo aquel que se atreviera a llamarlo hotel. No se trataba en absoluto de uno, decía: era un “movimiento”. Tenía razón. Estos hoteles-club eran la “manifestación física” del derecho de las mujeres a vivir por fuera de la protección de su padre, hermano, tío; de socializar como les diera la gana; de comprar lo que quisieran; de trabajar como pudieran. En el caso de la AWA, la interminable campaña de financiamiento y su construcción también

atrajeron a las mujeres más adineradas de la ciudad para probar suerte en un negocio serio. Lideradas por Anne Morgan, de los famosos Morgan,⁴ junto a otras mujeres pertenecientes a la élite social de la ciudad, crearon una moderna campaña de ventas de acciones, que lanzaron en el Hotel Plaza, entregando kits de ventas y tarjetas de presentación a un ejército de vendedoras. Idearon una campaña publicitaria a gran escala basada en una mascota, a la que llamaron “Miss Robinson Crusoe”, partiendo de la idea de que la soledad de una soltera en Nueva York era asimilable a quedar varada en una isla tropical. Miss Robinson Crusoe tenía un panfleto, una canción y vidrieras en la Quinta Avenida. La idea era que podía ser salvada por el hotel de la AWA, donde también habría otras como ella, con el mismo tipo de espíritu y ambición, y donde podría encontrar lujo y comunidad. El equipo de ventas se volvió a reunir dos años después con 3,5 millones de dólares recaudados para comenzar la construcción. Entre *champagne* y canapés, Anne Morgan y sus compañeras de sociedad, devenidas empresarias, entregaron tapados de piel y broches con forma de salamandra a sus mejores vendedoras.

El hotel de la AWA encontró su lugar en la Calle 57 Oeste, donde las mujeres profesionales podían ser “tan libres como los hombres”. La independencia de las mujeres en la AWA se declaró en términos muy claros: veintiocho pisos totalmente amoblados bajo la supervisión de la esposa de William K. Vanderbilt, miembro de unos de los clanes más ricos del país, así como una pileta con “azulejos color nasturtium” y un patio con “cuatro fuentes cuya agua danzaba al ritmo de melodiosos arpegios”. La “chica ultramoderna” podría “pedir su café y cigarrillos” en una serie de habitaciones temáticas. El azul pálido de la vajilla que se utilizaba en el salón comedor, decorado con murales *art déco*, era el mismo que se podía encontrar

4. Anne Morgan fue una filántropa estadounidense hija de J. P. Morgan, uno de los banqueros e industriales más importantes de la época. [N. de t.]

en los vagones restaurante de los trenes franceses, ya que la señora Vanderbilt creía que si podían resistir las vías del ferrocarril europeo, podía sobrevivir a las mujeres de Nueva York y pidió montones. Además de un lugar para comer, beber y fumar, el hotel ofrecía mil doscientas cincuenta habitaciones con baños, lo que lo convirtió en el quinto hotel residencial más grande de Nueva York.



Pero el Barbizon fue el hotel que verdaderamente capturó el imaginario estadounidense. Se convertiría en la pista de aterrizaje, el destino obligado, para las jóvenes de todo el país decididas a darle una oportunidad a la Nueva York de sus sueños. Mientras que el Allerton y el AWA habían sido construidos para mujeres profesionales, el Barbizon apuntaba a un tipo de huésped distinta: la debutante que no se atrevía a decirle a sus padres que quería pintar; la vendedora de Oklahoma que soñaba con los escenarios de Broadway; la chica de 18 años que le decía a su novio que volvería enseguida pero primero tenía que tomar un curso de mecanografía. El hotel llegaba para encarnar una personalidad completamente diferente a las demás, como un lugar de *glamour*, deseo y ambición femenina.

Una vez que el Allerton estuvo casi terminado, William H. Silk apuntó a combinar feminidad con esta nueva independencia, y declaró que así como el vestido de la mujer moderna había sido despojado de los pesados adornos de la época victoriana, y había adoptado una simplicidad “drástica”, las habitaciones del Barbizon también tenían que “reflejar la amplia vida que se le abría al sexo femenino”, sin olvidar que las mujeres “de ninguna manera deben perder sus atributos femeninos”. Esto sería el Barbizon, con sus veintitrés pisos y sus setecientas veinte habitaciones: por fuera, ofrecería lo masculino, decía, encarnado en un edificio al estilo de la escuela italiana del norte, con todo lo que un hombre necesitaba para

entrenar su mente y su cuerpo: pileta de natación, gimnasio, jardines aterrazados, salones de lectura y una biblioteca. Pero hacia adentro, en la intimidad, las habitaciones, vedadas a los hombres, serían “*boudoirs* sumamente femeninos” de colores “frescos y delicados”, amoblados en un estilo francés moderno. Como sus predecesores, el Barbizon se diseñaría en torno a un replanteo de la domesticidad postsufragista junto al deseo de los desarrolladores de maximizar los espacios de vivienda. El resultado fueron líneas de habitaciones privadas a lo largo de pasillos angostos, entrelazadas con salones compartidos, bibliotecas y servicios de lavandería.

Silk prometió que el “Club Residencial Barbizon para Mujeres”, como se llamó originalmente, abriría “alrededor del 15 de octubre” –de 1927– y, en efecto, en septiembre de ese año comenzó a circular publicidad gráfica anunciando que las solicitudes para la residencia estarían disponibles el 15 de septiembre. Entre sus servicios, el Barbizon ofrecía una radio en cada habitación (cosa que tanto deleitaría a Molly Brown al arribar al hotel). Las tarifas iban de 10 a 22 dólares por semana. Diseñado por los especialistas en hoteles Murgatroyd & Ogden, el Barbizon, finalizado fuera de término, en febrero de 1928, era impresionante de lejos y de cerca, con sus cuatro torres macizas en las esquinas cual escalones que subían hasta la cima. Los ladrillos del exterior habían sido elegidos para transmitir una gama de luces y colores que iban del salmón al rojo suave, y acomodados artísticamente en diversos patrones con piedra caliza neutra como moldura. Un gran *solarium* decorado con buen gusto, que funcionaba como salón, estaba ubicado en el ala oeste del piso 19, arriba del cual había habitaciones reservadas para algunos clubes universitarios. En el piso 18, justo debajo, había una galería con una vista inmensa. El *Architectural Forum* señaló que, si bien gran parte de los detalles del Barbizon eran de estilo gótico, se trataba de un “gótico romanesco”. Las ventanas en grandes arcos le daban el sentido de lo romántico y lo sagrado, y evitaban el “efecto maquinal” que tenían algunos de los nuevos rascacielos.

En las alturas, al recorrer los jardines de la terraza, a los que se llegaba a través de las galerías, las huéspedes espiaban una cúpula tras otra, construidas en diferentes ángulos, con escaleras y balcones de terracota. Era fácil imaginar un castillo gótico, con flechas lanzadas desde las aberturas arqueadas. Mientras que la simplicidad, una simplicidad aguda, quedaba reservada para los exteriores, el *lobby* y el entrepiso podían describirse como intrincados e italianizantes. Al entrar al Barbizon, la huésped se encontraba con un atrio interior diseñado en un lujoso estilo moderno inspirado en el Renacimiento y en las soberbias casas de campo italianas. Decorado con colores elaborados, texturas y patrones, el espacio ofrecía una experiencia totalmente inmersiva, con sus techos pintados y sus pisos en patrones, balaustradas y pasamanos ornamentados, y muebles clásicos de estilo con tapices. Plantas en macetas, un candelabro y una iluminación sutil, ese espacio de dos pisos daba la sensación de estar llegando al patio de una gran villa italiana. Es difícil saber si el entrepiso, que miraba al vestíbulo, había sido diseñado de manera intencional para que las jóvenes del Barbizon pudieran mirar hacia abajo para buscar a sus citas o, igual de probable, para observar las de las demás y calificarlas furtivamente o desearlas. Pero el entrepiso era como un balcón de Romeo y Julieta fuera de escala que envolvía desde arriba todo el *lobby*, como un marco, con mampostería pesada y un elaborado pasamanos de hierro forjado. Desde la esquina noroeste del entrepiso, dos escalones llevaban a una biblioteca revestida en roble, mientras que el salón comedor se abría desde la planta del vestíbulo y estaba amoblado en “estilo Adán” neoclásico para sugerir más intimidad que grandeza. El *Architectural Forum* afirmó: “El Barbizon parece ser la evidencia de una nueva interpretación de la civilización, absolutamente convincente”. Forma y objetivo eran ahora la misma cosa.

Desde su origen, el Barbizon fue concebido como la opción de alojamiento para mujeres con inclinaciones artísticas. El nombre

mismo se proponía subrayar esto: el hotel debía su nombre al movimiento artístico francés del siglo XIX, la escuela Barbizon, que floreció alrededor de la ciudad de Barbizon, al sudeste de París, rodeada del bosque de Fontainebleau. Los hoteles a lo largo de su estrecha calle principal, la Grande Rue, eran el paraíso para los artistas hambrientos. Los serviciales propietarios ofrecían a los pintores una cena completa, una cama en una habitación y un almuerzo para llevar al bosque, todo por una suma irrisoria. En el Barbizon de Nueva York, las estudiantes de arte vivirían todas juntas en el Ala de las Cuatro Artes, donde había cien habitaciones reservadas para ellas, así como estudios –los mismos en los que Molly Brown encontró un santuario– localizados en la torre, levantados a partir del piso 18. El más grande tenía 75 metros cuadrados y techos en doble altura para permitir el ingreso de la luz, mientras que los estudios más pequeños, para las músicas, estaban cuidadosamente insonorizados. Pero no todas tenían que ser artistas: la ilusión de aprovechar todo lo que Nueva York podía ofrecer era suficiente.

Si el Barbizon había encontrado su nicho como lugar para jóvenes aspirantes a artistas, actrices, músicas y modelos, su interior proveía todos los espacios necesarios para que estas jóvenes pudieran expresarse como productoras y como consumidoras de arte. El salón del primer piso, con escenario y órgano, tenía capacidad para que trescientas personas disfrutaran cómodas de un espectáculo. El nuevo feminismo postsufragista exigía alimentar tanto la mente como el cuerpo, y la biblioteca, las salas de lectura, el gimnasio y la piscina del Barbizon estaban a la altura de ese desafío. La primera chica Gibson, de principios de siglo XX, al librarse de sus conjuntos de pollera y camisa, había sabido disfrutar de un buen estiramiento matinal o un paseo en bicicleta; pero la flamera de la década del veinte comenzaba a ejercitarse con más rigor y el entrepiso del Barbizon era una maraña de opciones de entrenamiento. Con una elección de palabras extrañamente erótica,

el *New York Times* exclamó que “a cualquier hora del día la risa de las chicas puede escucharse entremezclada con un el rítmico golpe de pelotas en la cancha de *squash* y el chapoteo en la piscina. Estas modernas amazonas en formación aprenden esgrima, las nadadoras del futuro son instruidas en la brazada en las regiones más bajas del Barbizon”.



La Insumergible Molly Brown había tenido sus encontronazos con las flaperas, que ahora la rodeaban en Nueva York. Como sufragista de la era progresista, una Nueva Mujer en el sentido menos frívolo de la palabra, a Molly Brown, al igual que a tantas otras de su generación, las flaperas le parecían insufribles. Se veía a sí misma como una auténtica pionera de los derechos de las mujeres, mientras que la flaperas apenas le estaban dando los toques finales, por cierto vulgares. Antes de Nueva York, cuando Molly Brown escapó a París para estudiar actuación, había sido fuerte y clara sobre qué pensaba de esta nueva clase de jóvenes. Le dijo a un periodista que la abordó: “Las jóvenes estadounidenses no saben beber: se les nota enseguida y se ponen melosas o quieren pelear. [...] hoy, las chicas beben alcohol para entonarse antes de llegar a la fiesta”.

Pero una chica de sociedad no se la dejó pasar y le respondió con un golpe certero al mito de Molly Brown: “Creo que a la señora Brown le cuesta bastante remar en su propia canoa como para molestarse, además, por remar en la de las más jóvenes. [...] en lo que respecta a las apariencias de las mujeres, nadie se ve perfecto después de algunos tragos. Pero no hay punto de comparación entre las más jóvenes y las más viejas. La joven todavía luce fresca y bonita y parece poder controlarse mejor. Pero las más viejas son desagradables”. Es difícil imaginar a Molly Brown haciendo algo más que levantar los hombros con indiferencia. Había escuchado cosas peores.

Pudo haber tenido poquísima paciencia para las tonterías de las flaperas pero, le gustara o no, de pronto estaban en todas partes, y no solo en las habitaciones del Barbizon. La flapera estaba en Main Street, Estados Unidos, así como en Broadway, Nueva York. Harold Ross, el fundador de la flamante revista *New Yorker*, estaba desesperado por sacarle partido. Con la revista apenas recuperándose y funcionando, pero al borde de la bancarrota, Harold Ross tenía que hacer algo drástico para capturar a una audiencia firme. Había escuchado hablar de una chica graduada del Vassar College llamada Lois Long, en quien podía confiar para agitar un poco las cosas, y la contrató. Lois tenía 23 años, era una chica de Connecticut hija de un pastor: difícilmente tenía una formación de celebridad rebelde. Sin embargo, fue por su origen, y no a pesar de él, que Lois se convirtió en la flapera arquetípica de la década del veinte. Con su educación de chica blanca de clase media, fue la más característica de las flaperas, porque una flapera no era necesariamente sofisticada y urbana, sino más bien (o, quizás, sobre todo) una adolescente de Wichita, Kansas. Pero la chica entusiasta de Wichita tenía que aprender a convertirse en flapera, y ahí fue cuando Lois “Labial” Long hizo su aparición.

Lois andaba a los saltos sin disimulo por Manhattan: era alta, bonita, tenía el cabello corto castaño oscuro, usaba el clásico vestido flapero que caía en línea recta, vertical, desde el pecho hasta por debajo de las rodillas, y llevaba una sonrisa pintada de rojo en cada oportunidad. Era pícara, siempre lista para la diversión y –tal como remarcó con desaprobación Molly Brown– no paraba de emborracharse hasta el desmayo (en sus artículos, advertía a sus lectores que era de buen tono pagarle 2 dólares al taxista tras haber vomitado en su auto). Lois Long demostró que la década del veinte había tomado todo de las sombras y lo había relanzado como blanco, de clase media, estadounidense, decadente y divertido: el *jazz* vino del gueto negro, la experimentación sexual del Greenwich Village, y el uso de labial,

polvo y sombra de ojos, de la caja de herramientas de las prostitutas. La flopera, la más conocida encarnación de la Nueva Mujer de 1920, era ahora el centro de todo.



La medianoche del 16 de enero de 1920, Estados Unidos se había secado. El propósito era terminar con el crimen y la delincuencia, pero pasó todo lo contrario. Manhattan, cuyo extravagante alcalde, Jimmy Walker, con su robusta mujer y su serie de chicas coristas que hacían de amantes, no creía que beber fuera un crimen, se transformó en una fiesta extraordinaria. Los *speakeasies* –la forma ilegal, ilícita y atiborrada de alcohol de los bares de la Ley Seca– empezaron a aparecer por toda la ciudad, y convirtieron a los jóvenes y descarados emprendedores en millonarios. Un contrabandista joven, de apenas 30 años, primero despachó flotas cargadas con alcohol importado para romper el cordón gubernamental fuera de Long Island. Se hizo rico casi de la noche a la mañana, pero pronto entendió que tenía que haber una forma más simple: juntó expertos, importó materiales y compró la fórmula de un famoso gin inglés. Luego armó una destilería subterránea y prístina debajo de las calles de Nueva York y vendió su “gin británico” a los bares, cuyos cantineros declararon no haber probado jamás un gin así de bueno en Londres. Cuando los productores de licor de Londres contrataron a un detective para investigar por qué sus ventas ilegales habían caído tan drásticamente, pronto descubrieron esta trama, aunque no había nada que pudieran hacer: bien sabían que no era posible llamar a la policía para quejarse de que sus ventas ilegales de gin británico en Estados Unidos estaban siendo perjudicadas por la fabricación ilegal de alcohol en los sótanos de las calles neoyorquinas.

Las mujeres también estuvieron entre las nuevas e inteligentes empresarias de la Ley Seca. Una de las más conocidas fue la actriz y

bailarina Belle Livingstone, quien sostenía haber sido abandonada de bebé en un patio trasero en Emporia, Kansas. Quería ser actriz, pero su padre adoptivo, redactor en el periódico local, se negó a dejar que actuará siendo soltera.

“Bien”, dijo, y le propuso casamiento al primer hombre bien vestido que encontró. Extrañamente, este aceptó y, aunque se separaron de inmediato, fue todavía más extraño que, al morir, él le dejara la suma de 150.000 dólares. Ella tomó el dinero y cruzó el Atlántico donde, de acuerdo a sus memorias, fue la “la niña bonita de Europa” durante treinta años. Al volver a América en 1927, con el Barbizon irguiéndose y la Ley Seca en marcha, la determinada y robusta Belle, ya de 50 años, vio una oportunidad. Llamó *salons* a sus bares ilegales, como si fueran lugares de encuentros intelectuales parisinos. Y jugó al gato y al ratón con los agentes federales, quienes aparecían en sus *salons* disfrazados para llevarla al juzgado, donde periodistas y público lector esperaban ansiosos cada declaración; su furia brotaba en un lenguaje atrevido y colorido. Uno de sus bares era el Country Club, cuya entrada costaba 5 dólares, y era frecuentado en la misma medida por la alta sociedad y las multitudes de Broadway. Una vez adentro, los clientes podían pasear por el gran salón, que recordaba a los Jardines de Versalles, o subir las escaleras para jugar al ping-pong o al minigolf. El único requisito era seguir comprando tragos de 1 dólar.

Otra de ellas fue Janet de Francia. Verdaderamente francesa, se ganaba la vida como artista musical y de vodevil en Nueva York hasta que el trabajo se agotó y no le dejó más que 29 dólares a su nombre. Mientras contemplaba su desesperanzado futuro, tomó un tranvía por la 52 Oeste desde el que descubrió una “antigua casa apretada entre dos garajes”. Estaba en alquiler y, con 100 dólares prestados, la ocupó e instaló un bar simple de madera, con cortinas baratas y unas pocas mesas y sillas. La primera semana, lo único en el menú era sopa de cebollas con *whisky* escocés de contrabando, brandi y

whisky de centeno. La bebida no tenía nada especial, pero la sopa era sublime. Tuvo tanta repercusión que pronto alquiló dos pisos más. Agregó algunos platos baratos para rodear la gloriosa joya de la corona culinaria –la sopa de cebollas– y sirvió vinos tintos *à la France*. Personalidades como Marlene Dietrich, Douglas Fairbanks y Lionel Barrymore pronto golpearon a su puerta. Janet de Francia se jactaba de que el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw iba solo –y únicamente– a su bar, y siempre tenía siempre a mano un libro de autógrafos para probarlo.

La ex corista Texas Guinan fue otra estrella en la escena de la Ley Seca en Nueva York. Fue quien acuñó la frase más famosa de ese entonces: “¡Hola, idiotas!” (el resto de la frase, que gritaba a todo aquel que entrara, era “pasen y dejen sus billeteras en el bar”). Siendo, según decía, una reconocida actriz de teatro y de cine, los *speakeasies* la atrajeron, en principio, con la buena paga por dar conciertos. Así fue como aprendió el negocio y finalmente abrió el suyo, el Club 300, al que una vez fue el Príncipe de Gales. El programa de la noche de inauguración incluyó el casamiento entre una conocida actriz estadounidense y su amante, un insolente bailarín argentino.

Si bien las residentes del Barbizon no abrieron bares, todas ellas, incluidas Lois “Labial” Long de *New Yorker* y el resto de las jóvenes de Nueva York en 1920, los frecuentaron. Por primera vez en la historia de Nueva York, las mujeres eran invitadas a sentarse en un bar. Un cartel arriba de la puerta de Leon y Eddie, en la 52 Oeste, rezaba: “Cuando pasan por estos portales, las chicas más hermosas del mundo se desmayan”.⁵ Las neoyorquinas de sociedad eran especialmente alentadas a concurrir a los bares a beber alcohol importado que proveían los vendedores de ron del otro lado de las costas de Long Island, aunque, después de enterarse de que era el más difícil

5. Hay en la versión original un juego de palabras intraducible entre *pass* (“entrar”) y *pass-out* (“desmayarse”). [N. de t.]

de imitar y, por lo tanto, el menos propenso a estar contaminado, Lois prefería el coñac. Les dejaba el alcohol que se preparaba en las destilerías subterráneas de Nueva York a los demás.

El bar más elegante de todos era el Malborough House en el número 15 de la Calle 61 Este, apenas pasando la Quinta Avenida. Era conocido en la alta sociedad de Nueva York como “lo de Moriarty” por los hermanos que lo crearon. Cualquiera podía entrar porque era de mal gusto preguntarle a una persona quién era en la calle. Por lo tanto “entrar” significaba solo pasar al vestíbulo, revestido en preciosísima madera, donde uno tocaba un timbre perlado y mostraba sus credenciales. Si se le permitía el ingreso, el verdadero, una escalera angosta se abría a una habitación suntuosa con paredes pintadas de escarlata hasta el nivel de las sillas y de plateado hasta el techo. A lo largo de las paredes había bancos de estilo francés en cuero plateado con toda su superficie cubierta de estampas de cigüeñas blancas con picos escarlata. Las puertas también estaban esmaltadas en escarlata y la iluminación era tenue para capturar los destellos plateados. Pero el verdadero espectáculo era el auditorio de arriba, revestido enteramente en azul real, cobre y espejos. Todas las paredes eran espejadas; por lo tanto, podías ver quién más estaba allí sin importar donde estuvieras sentado. Para el entretenimiento, Moriarty elegía lo nuevo por encima de los grandes nombres para sorprender al hastiado grupo de la alta sociedad: un mago egipcio, un cantante con antorchas de fuego, bailarines extranjeros. Los hermanos Moriarty –Mort, Dan y Jim– eran dueños de salones devenidos aficionados de los *speakeasy* lo suficientemente inteligentes como para esquivar a los mafiosos y mantener la Malborough House libre de ellos. Cuando la Ley Seca fue revocada, el 5 de diciembre de 1933, Jim, el hermano Moriarty que quedaba, ya formaba parte de la alta sociedad, y poseía una casa de campo y un establo de caballos de polo a su nombre.

Otros ya tenían sus ponis, pero igual no podían resistirse a la atracción del estatus de celebridad que tenía el dueño del bar

clandestino. Roger Wolfe Kahn, hijo del financista y dueño del imperio de ferrocarriles Otto Kahn, abrió uno. Walter Chrysler Jr., hijo del rey del automóvil, también compró uno antes de ser frenado por su familia. El hijo del crítico teatral del *New York Herald* manejaba el Artist's Club en el Greenwich Village y contrató como anfitriona a Yvonne Shelton, una vieja amiga del ex alcalde de Nueva York con los pantalones bien puestos; mientras que Bertha Levine, una judía de ascendencia rusa nacida en el puerto de Brooklyn conocida como Spivy, entonaba canciones para nada delicadas. Broadway, colmada en esos días por “cafeterías, puestos de lustrado de zapatos, tiendas de segunda mano, demostraciones de fisicoculturismo y locales de baile por 0,50 centavos”, se convirtió en un “paraíso invisible” de bares en toda la Calle 50, desde la Quinta Avenida hasta Park Avenue. Los mejores bares clandestinos empezaron a alquilar casas enteras, y a remodelar las residencias de magnates industriales y de viejos ricos. Una vez, una debutante tuvo un ataque de histeria después de su cuarto cóctel al darse cuenta de que estaba en la mismísima casa en la que había pasado gran parte de su infancia.

En suma, había cientos de bares clandestinos en Manhattan atendiendo a todas las clases sociales. En el Five O'Clock Club, Florenz “Flo” Ziegfeld llegaba con su grupo de beldades y la orquesta comenzaba a tocar. En el Napoleon, siempre popular, la sala de estar en el bar tenía una profundidad de entre tres y cuatro personas, e incluía –*Aunque usted no lo crea*– a Robert Ripley y Al Jolson, el “mejor presentador del mundo”, como se lo conocía. Marlene Dietrich visitaba a menudo el Embassy y Ethel Merman cantaba allí regularmente. En el King's Terrace, Gladys Bentley, una estrella del Renacimiento de Harlem, tocaba frente a un auditorio lleno. Gladys fue una afroestadounidense que prefería usar ropa de hombre, en especial, un brillante traje blanco y galera. Cuando cantaba, sorprendía con sus alternancias entre soprano y bajo, y entre canciones sentimentales y subidas de tono. De tez oscura, masculina y corpulenta, fue una de las

pocas mujeres de la escena abierta y desafiantemente gay que hacía alarde de sus preferencias mientras entonaba canciones populares contemporáneas cambiándoles las letras lavadas por otras propias, obscenas y a veces graciosas. No solo la sociedad en su conjunto estaba loca por ella; Langston Hughes la llamó “una exhibición asombrosa de energía musical”. Había sido “descubierta” en el Harry Hansberry’s Clam House, el bar más abiertamente homosexual de todo Harlem.

Para cuidar las apariencias, primero, antes de que comenzara el entretenimiento de la noche en el bar, lo mejor era arrancar con una cena con platos *gourmet* de langosta a la manteca a precios ridículamente bajos que no cubrían siquiera el costo de los ingredientes pero que eran subsidiados por la venta ilegal de alcohol. Estos manjares los servían chefs franceses que habían abandonado los restaurantes lujosos de Nueva York porque, con el comienzo de la Ley Seca, les habían quitado la botella de vino diaria que estaba estipulada en sus contratos salariales. Como los restaurantes que respetaban la ley no pudieron mantener esa promesa, después de un año los chefs europeos comenzaron a abandonar sus puestos y a volverse a Francia, Suiza e Italia. Los *speaks* –como se los llamaba– los atrajeron de vuelta con la promesa de flujo libre de alcohol. En un *speakeasy* de Park Avenue, un lugar de ensueño modernista con tonos negros, verde, rosa, amarillo y plateado cuyo diseño costó 85.000 dólares, sin contar los muebles, Monsieur Lamaze servía la cena en un lugar de techos verdes arqueados y dos grandes espejos circulares sin marco enfrentados, de manera que la oscura habitación parecía extenderse hacia el infinito. El cordero del menú era provisto por una granja especial de Ohio y cada mañana un tren expreso descargaba 13 kilos de pompanos⁶ desde Florida para su pompano *bonne femme*, que servía con salsa de mostaza (los restos de los pompanos se dividían

6. Se refiere a un tipo de palometa específica y exclusiva de la costa de Florida.
[N de t.]

entre el personal). Su langosta Lamaze estaba en boca de todos, y no era extraño que ofreciera caracoles de Borgoña o jabalí salvaje de los Vosgos. No había menú, solo un portapapeles con los platos del día. 1 dólar para almorzar, 2,50 dólares para cenar. Ni siquiera cubría el pasaje en tren de los pompanos.

Bebida ilegal, sexo prematrimonial, cuerpos liberados de las restricciones victorianas, tanto en la vestimenta como en los modales y el modo de vida, fueron los hitos de la década del veinte, mientras las mujeres empezaban a entrar por su cuenta en esta década. Para las de la generación anterior, como Molly Brown, los cambios eran deslumbrantes. Antes de la Primera Guerra Mundial, una soltera en un bar con un trago en la mano era automáticamente calificada de “mujer de la noche”. En 1904, una mujer prendió un cigarrillo en la Quinta Avenida y fue arrestada por fumar en público siendo mujer. Pero en la década del veinte, ese comportamiento no solo era aceptado en las calles de Manhattan sino imitado en todo el país. Lois “Labial” Long hizo su parte, promocionando la vida alocada de la que jóvenes de todos lados podían empezar a apropiarse. Es lo que hizo Lillian Clark Red, de 16 años, oriunda de Canton, Ohio. Aburrida de la escuela, agarró una chequera y tomó un tren a Cincinnati. Allí alquiló una habitación de hotel en la calle Walnut vestida espléndidamente con prendas de varios negocios y después se dirigió a ver a un agente inmobiliario, presentándose como una heredera. Se decidió por un lindo *bungalow* que daba al Río Ohio, y firmó un cheque de 25.000 dólares para concretar la compra. La casa, por supuesto, necesitaba muebles, así que se ocupó también de eso también y gastó 6000 dólares más. El último toque fue un auto; encontró el que le gustaba por 2600 dólares. Finalmente la descubrieron y fue devuelta a su vida aburrida. Pero Lillian Clark Red, de Canton Ohio, había seguido los pasos de la guía de las flaperas y había vivido al extremo. No era una Nueva Mujer tal como las sufragistas, incluida Molly Brown, la habían concebido, pero era totalmente “moderna”.

Como era de esperar, la censura a la mujer moderna, en todas sus variantes, se generalizó. Todos tenían algo para decir sobre ella. Un tal Monsieur Cestre, profesor de la Sorbona en París, pasó 1926 dando conferencias por todo Estados Unidos, en las cuales, de un modo un tanto escalofriante, “estudiaba a la chica estadounidense”. En “préstamo” en el Vassar College –el alma máter de Lois “Labial” Long– durante dos semanas, estudió a las chicas de Vassar con intensidad antropológica y concluyó que mientras todos pensaban que las francesas eran las rápidas y fáciles, se trataba, de hecho, “de lo contrario. La francesa es criada cuidadosamente y no es sino hasta después de casarse que posee la libertad para hablar. No, la señorita estadounidense es mucho más ‘rápida’ que la *mademoiselle* parisina”. El *New York Times* señaló, irónicamente, que el profesor Cestre “no extendió su argumentación sobre las chicas estadounidenses en este punto”. Casi no necesitaba hacerlo: tenía la mentalidad de que las mujeres solas en los bares eran automáticamente sospechosas. Pero no estaba del todo equivocado si “sospechosa” significaba sexualmente activa. Entre las mujeres nacidas antes de 1900, casi el 14% había tenido sexo prematrimonial; sin embargo, entre aquellas que alcanzaron la mayoría de edad entre 1910 y 1920, entre el 36% y el 39% lo habían hecho y, en términos estadísticos, era mucho más probable que tuvieran orgasmos, incluso cuando lo más común era que perdieran la virginidad con el hombre que se convertiría en su marido.

No obstante, las críticas no eran solo por cuestiones de escasa moral. Había otras violaciones a las normas culturales. El rabino Krass, de Nueva York, acusó a las mujeres modernas de “imitar a los hombres”. La señora Ruth Maurer lo explicó con mucha más originalidad en la escuela de cosmetólogas de Chicago: “Muchas mujeres modernas tienen la cara dura como la vajilla de un comedor ferroviario, y la razón es que mascan chicle. Los humanos no estamos hechos para andar rumiando como animales”. En la larga

y constante tradición gordofóbica, muchas afirmaciones sostenían que la mujer moderna era más fea que sus predecesoras, y sin duda más gorda. Cuando los fabricantes de ropa fueron acusados de fallar en la manufactura de prendas que se ajustaran a la mujer contemporánea, se desquitaron diciendo que el talla estándar de cadera había aumentado 3 centímetros. Los pies de las mujeres tampoco estaban exentos de escrutinio. Entre 1920 y 1926, la época de gloria de las flaperas, se dijo que el talla promedio de zapatos había subido de 36 a 38, y que el tobillo se había vuelto decididamente más ancho debido a la moda de usar zapatos abotinados y de taco bajo.

Otros defendían esta encarnación particular de la Nueva Mujer. En 1926, Lady Astor, oriunda de Virginia y la primera diputada del Parlamento británico, trató de volver de incógnito a Estados Unidos para unas vacaciones familiares. Pero ya montando guardia en el puerto de Boston, cuando el *Samaria* se detuvo, había una multitud de periodistas que la abordaron con preguntas que iban desde qué pensaba acerca de las reparaciones de guerra hasta qué opinaba sobre la mujer moderna. “La impactará la vida en Estados Unidos, Lady Astor”, le advirtió un periodista. “Verá gente borracha. Chicas borrachas. Cócteles en cualquier lado”. Un mes después de su regreso, si bien sostenía que no sabía exactamente qué era una flapera –“aunque supongo que se refieren a la mujer joven moderna”–, Lady Astor insistió en defenderla: “Puedo estar sorprendida al ver el uso de cabello y polleras cortos, pero sin duda son mucho más saludables que las polleras largas, las cinturas apretadas, los ruleros y toda la otra parafernalia que las mujeres tuvimos que soportar por años. No tuve la suficiente inteligencia para cortar mi cabello por encima de los hombros, pero me saco el sombrero ante aquellas que lo hicieron”.

La era del *jazz* había resultado un acto de equilibrio: la Nueva Mujer de posguerra tenía una independencia antes inimaginable, pero estaba acompañada de juicios y críticas generalizadas, como si la independencia en sí misma fuera una transgresión. El *boom* de

los hoteles residenciales para mujeres facilitó esta independencia y, por lo tanto, ellos también estaban expuestos a la misma clase de críticas. El Barbizon, sin embargo, tenía un lustre extra de respetabilidad desde que la National Association of Junior Leagues [asociación nacional de las ligas menores], la fraternidad benéfica de mujeres de clase alta, abrió su salón social en el piso 22 del hotel, que tenía vistas majestuosas a Manhattan. La habitación, que apareció en *Vogue*, fue elogiada por “mantener el común denominador de la modernidad” mientras que proveía un salón social práctico para las jóvenes: una chimenea angular laminada en blanco ocupaba el centro, con un espejo enorme desde su parte superior hasta el techo, que reflejaba las lámparas cenitales *art déco* que parecían cajas de fósforos translúcidas apiladas.

La refinada Junior League no fue la única en montar salones sociales maravillosamente elegidos en hoteles para mujeres. En 1922, el club del Vassar College había alquilado todo un piso en el Allerton; estos hoteles eran una locación perfecta para los clubes universitarios, puesto que recreaban el mismo *ethos* de solidaridad de género que impulsó el movimiento sufragista y que ayudó a posicionar estas universidades en los primeros lugares. Incluso con el Barbizon todavía en construcción, el Club Wellesley había solicitado varias habitaciones en el piso 18, y firmó para obtener el uso exclusivo de los jardines sur y oeste. El plan era tener una sala grande, un comedor conectado con el restaurante del primer piso por un pequeño ascensor para subir la comida y una sala más pequeña para utilizar como escritorio o biblioteca. Además, veinte habitaciones estaban destinadas para uso exclusivo de las miembros del club, y otros clubes universitarios lo siguieron.

El hotel estaba convencido de capitalizar este tipo de asociaciones. Una publicidad aparecida en *New Yorker* decía “El Barbizon se ha convertido en el último *rendez-vous* aceptado para las jóvenes amantes del arte y de la música. En el centro de la vida social de

Nueva York... las siguientes entidades no podrían haber elegido un entorno más adecuado para el establecimiento de sus clubes sociales: Barnard College... Cornell's Women College... Wellesley College... Mt. Holyoke College... League of Seven Women's Colleges [liga de las siete escuelas hermanas]”.

En la edición de enero de 1928 de la *Junior League Magazine* [revista de las ligas menores], el Arts Council [consejo de las artes] de la ciudad de Nueva York anunció que instalaría sus oficinas ejecutivas en el entresuelo del Barbizon, y que los servicios de su director estarían disponibles para las residentes del ala de las artes, quienes serían tenidas al tanto de las últimas exhibiciones de arte y de las presentaciones teatrales y musicales. En otras palabras, mientras el Barbizon era construido, ladrillo coral sobre ladrillo coral, también se forjaba su imagen. Sería *el* lugar para las jóvenes artísticas pero sofisticadas, para las mujeres respetables pero modernas.



En febrero de 1928, el Barbizon Club-Residencial para Mujeres abrió oficialmente sus puertas en la 36 y Lexington. La Insumergible Molly Brown, de regreso de París y ya sin la vasta fortuna de antaño, se estableció en el Barbizon en 1931 y estaba encantada de encontrarse con un cuarto propio que, tal como había proclamado acertadamente Virginia Woolf, era vital para la independencia y creatividad de una mujer.

El Barbizon era el aterrizaje perfecto para una Molly totalmente moderna. Las exhibiciones de arte, los conciertos y los espectáculos teatrales eran constantes en la programación social del hotel, y muchos de ellos presentaban a las aspirantes a actrices, músicas y artistas que vivían en el propio Barbizon. Nunca se sabía con quién podías encontrarte en el ascensor. De acuerdo al censo de 1930, entre las compañeras de hotel de Molly Brown se encontraban la modelo Helen Ressler, de Ohio; la cantante Helen Bourns, de Maryland; la

decoradora de interiores Rose Barr, de Iowa; la licenciada en enfermería Margaret Gallagher, de Pensilvania, y la estadística Florence Du Bois, de Kansas. Molly se regocijaba de tener un estudio luminoso e insonorizado para sus lecciones de canto, y pasillos rebosantes de jóvenes modernas como ella, incluso cuando no las aprobará a todas, en especial a las flaperas.

El 26 de octubre de 1932, Molly Brown murió en su habitación del Barbizon. En su certificado de defunción figura “ama de casa” como ocupación, aunque había sido cualquier cosa, salvo eso. Fue una intrépida mujer del siglo XIX quien se propulsó a sí misma hacia el siglo XX abrazando la bandera de la independencia y el impulso femeninos. La prensa reportó que la causa de muerte fue una apoplejía: muerte súbita por aria. Evocaron la imagen de una rica alocada excéntricamente vestida que no podía entonar, cantando a grito pelado en las salas de práctica del Barbizon y muriendo del colapso causado por ese esfuerzo. Pero Molly podía cantar, y muy bien por cierto, y la causa de su muerte fue un tumor cerebral que había estado creciendo desde su arribo al Barbizon que a veces la hacía huir a su habitación y acostarse con los ojos cerrados durante días hasta que la “migraña” se iba y ella volvía a aparecer a la hora del té.

Pero Molly Brown había logrado sobrevivir sin dificultad a las flaperas. Tres años antes de su muerte, la *Junior League Magazine* ya había notado su caída en desgracia: “En serio, ¿han visto flaperas durante el último año entre las amigas más jóvenes de sus hermanas o, al mirarte al espejo, te sonrió el reflejo de alguna flapera? No lo creo”. La flapera, sugería, había sido un crudo reflejo de los tiempos, “quien, en su mejor momento, reclamó la luz de los reflectores del mundo, excitó al púlpito, tribuna y hogares familiares con su conciencia sexual, autoconciencia hambrienta de publicidad”. Pero había perdido el interés de todos. Las mujeres se estaban volviendo más sutiles, desprendidas de “los gestos vulgares de Flapperlandia, imitando a las mujeres con calle”.

Una miembro jovencísima de la Junior League lo resumió así: “La primera autodenominada flopera fue una creación inmediata de la posguerra. Encarnaba un contraste impactante –literalmente– con todas las chicas bonitas de 1913. De la noche a la mañana su cabello parecía el de un hotentote, sus polleras terminaban encima de sus rodillas, le robaba cigarrillos a su hermano, insultaba como un soldado. Su forma de bailar... (¿quién puede olvidar el inimitable *camel walk*⁷ y sus meneos?). Su maquillaje era tosco como el de un payaso. Era como una cachorra aprendiendo a ladrar en su recién adquirida independencia”. Junto a la flopera también se pasó la idea de la Nueva Mujer: todas las del siglo XX eran ahora nuevas.

Mientras la flopera se perdía de vista, también lo hacía el hotel residencial. Los hoteleros asaltaron la municipalidad y exigieron que Jimmy Walker, el entonces alcalde de Nueva York, hiciera algo con estos “clubes residenciales”, estos impostores que les estaban recortando sus ganancias. En 1929, entró en vigencia la ley de viviendas que dio marcha atrás con el vacío legal que había hecho posible tanto los hoteles residenciales como las viviendas de Nueva York. Fue el fin del *boom* de los hoteles residenciales. Pero el Barbizon había llegado para quedarse. Era tanto un producto de su tiempo –nacido en la década del veinte en Nueva York, una era llena de bebidas ilegales, bares clandestinos de espejada opulencia y una nueva stirpe de mujeres que se sentían liberadas tanto en sus vestimentas como en sus vidas– como un preanuncio de las cosas por venir. El Barbizon, como pudo dar fe la Insumergible Molly Brown, era un lugar donde las mujeres iban a reinventarse y, en el siglo XX, eso no pasaría de moda.

7. El *camel walk* se originó como un baile *ragtime* a principios del siglo XX. Era parte de los *shows* de vodevil de las primeras décadas y fue muy popular entre los estudiantes universitarios y las flaperas, especialmente entre las décadas de 1910 y 1920. [N. de t.]